

De dignitate sacerdotali. Introducción al texto (primera parte)

Florián Rodero, L.C.

Profesor emérito de mariología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum y Padre espiritual en el Pontificio Colegio Internacional María Mater Ecclesiae.

Introducción

El sacerdote ha desempeñado siempre un papel determinante y primordial en la configuración y desarrollo de la tarea evangelizadora de la Iglesia; y en la Edad media, cuando la Iglesia inició el camino de cristianización de toda Europa, se convirtió en el gran educador de Occidente.

El proverbio latino *qualis rex talis grex* ha tenido y tiene siempre vigencia. Conocer cómo era y cómo vivía el sacerdote, es adentrarse en la misma vida de la Iglesia. Pues un catalizador de su vida tanto para el bien como para el mal es el sacerdote. Benedicto VIII en el Concilio del Ticino (celebrado entre el 1014-1024)¹ atribuye los males de la Iglesia a los sacerdotes: «estos son ioh cielos! los que crean desórdenes en la Iglesia. No hay peores enemigos en la Iglesia que éstos»². Así como un sacerdote santo arrastra detrás de sí a las almas al cielo: *quo sanctiores sunt eo magis alliciunt*.

Creo, pues, que es una exigencia cristiana y sacerdotal conocer la concepción que del sacerdote han tenido los Padres, cuyo estudio «fomenta»³ y «recomienda encarecidamente»⁴ el Concilio, porque contienen «riquezas espirituales que levantan a todo el hombre a la contemplación de lo divino»⁵.

¹ Cf. MANSI 19, 356.

² Cf. MANSI 19, 344.

³ VATICANO II, *Dei Verbum* n. 23.

⁴ *Unitatis redintegratio* n. 15.

⁵ *Ibid.*

1. ¿De quién es la obra?⁶

El libelo *De dignitate sacerdotali* puede considerarse opúsculo, obra, denuncia, carta o alocución (se cree que fue pronunciada) y gozó de tanto prestigio que no se dudó en atribuirlo al Ambrosiaster, es decir, al falso san Ambrosio⁷. Así aparece catalogado este libelo entre las obras del obispo de Milán, aunque por la supuesta variedad de su contenido, se ha conjeturado que el opúsculo no es obra de un solo autor.

Esto ha dado lugar a que el escrito se denomine con distintos nombres, según los diversos códices: *Libro pastoral*, *Del cuidado de los obispos*, *De la vida y ordenación de los Obispos*, *De la ordenación de los Obispos por simonía*, *Discurso acerca de los sacerdotes y los obispos...* El Migne lo recoge, por una parte, en el apéndice a las obras de san Ambrosio⁸; pero, por otra, siguiendo el código Mabillonius, atribuye el título *Sermo de informatione episcoporum* y su paternidad a Gerberto. E igualmente el código de la iglesia de San Marcial (en Limoges), no difiriendo en su contenido, aunque sí en el nombre, atribuye la autoría a Gerberto y titula la obra: *Discurso de Gerberto filósofo, Papa de la ciudad de Roma, por sobrenombre Silvestre, acerca de la noción de los obispos*⁹. Los eruditos han puesto de relieve esta última hipótesis, fundamentados en las palabras que encontramos al final del primer capítulo y que aluden a la elevada posición que ocupaba el autor de la obra: la cátedra de Pedro. El obispo se dirige a sus obispos y a sus sacerdotes para hacerles ver la vocación tan sublime a la que han sido llamados y para corregirles de los desórdenes que se cometen en las ordenaciones conferidas simoníacamente. El Migne, de todas formas, no impone el que

⁶ Todas las traducciones de las referencias al Migne y al Mansi son mías.

⁷ El nombre de *Ambrosiaster* se asignó a un autor desconocido del siglo IV que comentó las cartas de san Pablo y cuyo comentario se atribuyó, durante toda la Edad media, a san Ambrosio.

⁸ PL 17, 567-580.

⁹ *Le Dictionnaire de théologie catholique*, XIV, Paris 1939, col 2081, no lo atribuye a Silvestre. Aunque P. Mabillonius en su segundo tomo *Veterum Analectorum* lo atribuye a él, Migne, refiriéndose a Mabillon (sobre el testimonio del manuscrito antiguo de San Marcial de Limoges) lo deja como si fuera de él... Parece ser que lo pronunció delante de una asamblea de obispos, ya sea en un concilio o en otro lugar. Las expresiones retóricas que en él se encuentran estarían dirigidas a un público que parece estar presente. Los que lo han atribuido a san Ambrosio elogian la calidad de la obra y del autor. El Cardenal Humberto (s. XI), que escribiría algunos años después un tratado contra los simoníacos, en el cap. XVI de su libro primero (PL 143, 1040) atribuye a san Ambrosio la obra porque cita las palabras de este opúsculo. Los que creen que Silvestre II es el autor, dicen que lo pronunció como arzobispo de Reims, de Ravena o como Papa. FlicheMartin lo atribuyen al Papa Gerberto: A. FLICHE V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, EDICEP, Valencia 1976, vol. VII, 503.

se atribuya la autoría a uno o a otro autor. Por mi parte sigo la opinión que actualmente comparte la mayoría, es decir, que el autor es el Papa Gerberto. Después de haber leído las obras de Silvestre II, me confirmé más en esta opinión.

Se discute también si el nombre de opúsculo o libelo corresponde exactamente a la entidad de la obra; o si más bien se trata de un discurso, *sermo*. Muchas de las elocuciones que aparecen al inicio darían pie para defender la noción de discurso, sin embargo las palabras que el mismo autor emplea al final de la obra: opúsculo o discurso, pueden dar pie para cualquiera de las interpretaciones.

2. Vida del autor

La vida de este «monje filósofo»¹⁰ de Aurillac (así lo denomina el Pseudosínodo de Reims del 991) fue muy ajetreada y suscitó, en ocasiones, no pocas polémicas.

Silvestre II nació hacia el 938 en las cercanías de Aurillac, donde recibió su primera educación. Estudió en Vich en el 967 con la protección de Borrell, conde Barcelona. Este le puso como maestro de matemáticas, para las que estaba particularmente dotado, a un obispo llamado Aitone, a quien superó en poco tiempo. Estuvo en relación con los más grandes sabios de la época. Acompañó a Borrell a Roma y éste lo puso en contacto con Juan XIII (965-972). El Papa, admirado de su ciencia, le presentó a Otón II.

Fue director de la escuela de Reims y con su dirección, la escuela alcanzó gran esplendor y gozó de un elevado prestigio, estructurándola ya no según el *Trivium*, sino conforme al *Quadrivium*, dado que sus preferencias se inclinaban por la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Estaba, además, embebido de cultura clásica y era un grande experto en la dialéctica.

El emperador le nombró abad de Bobbio a raíz del torneo dialéctico que le enfrentó al famoso sabio de entonces, Otrico de Magdeburgo, dado que la fama del monje de Aurillac había llegado hasta dicha ciudad. Después de la polémica deposición del arzobispo de Reims, Arnulfo, en el concilio de SaintBaile (991) y en la que estuvo mezclado Gerberto, oponiéndose al parecer de Roma, fue denominado Gerberto como sucesor; pero por diversos problemas de índole política y por la oposición a Roma tuvo que abandonar Reims. Fue maestro de Otón III y de Roberto, rey de los francos. En compañía de Otón III, viajó a Italia. Por la amistad con el emperador Otón III, el Papa Juan XV no tomó represalias contra el arzobispo dado que era

¹⁰ Cf. MANSI 19, 104.

protegido del emperador, aunque había condenado a todos los que participaron en la deposición de Arnulfo. Después de su viaje por Italia se retiró a Alemania, acompañando a Otón III, hasta que Gregorio V le nombró arzobispo de Ravena (998). Fue un grande promotor de la reforma eclesiástica en su diócesis.

El 2 de abril de 999 fue elegido Papa (primer francés que ocupó la sede de san Pedro), sucediendo a Gregorio V. Al escoger el nombre de Silvestre, pensaba en restaurar, juntamente con el emperador, como unos nuevos Silvestre y Constantino, la monarquía universal. Así, de ser el «primer protagonista del galicanismo eclesiástico»¹¹, pasó a gobernar la Iglesia universal. La aversión que existía en Roma contra el emperador le obligó a huir temporalmente de la ciudad, a donde volvió después de la muerte del emperador.

Luchó por restablecer la disciplina eclesiástica y contra la simonía¹²; de ahí que se le atribuya, aunque no con el consentimiento de todos, la obra *De dignitate sacerdotali* o *Sermo de informatione episcoporum*. El presente opúsculo sería la primera manifestación o, al menos, el primer esbozo de la reforma gregoriana. Fue un Papa que brilló no sólo por sus cualidades de pensador y escritor sino también como Papa. Y, paradójicamente, dados sus precedentes, se convirtió en un defensor firme de los derechos de la Sede Apostólica. Consecuente con este principio, repuso a Arnulfo en la sede de Reims.

Había aprendido en España la nigromancia y por sus conocimientos de astronomía y afición al estudio de los astros, se dice que tenía trato familiar con el demonio y que, siendo ya pontífice, le consultó sobre la duración de su vida, a lo que el demonio le respondió que no moriría sin antes haber celebrado una Misa en Jerusalén y otras tantas cosas absurdas. Así escribía de él Benno, un pseudocardenal¹³. Los historiadores han dado demasiada fe a los escritos de este cismático, pero sus coetáneos no hicieron caso de esto y elogiaron la vida sabia y la actividad apostólica del Papa Silvestre.

De él cuenta Dtimarus de Mersebourg que había nacido en *occiduis regionibus* y que desde niño ya se había alimentado en las artes liberales y con

¹¹ A. FLICHE V. MARTIN, *Historia de la Iglesia*, 68.

¹² En la profesión de fe pronunciada por el Sínodo que eligió a Gerberto como arzobispo de Reims, Gerberto acepta cuanto se ha dispuesto en el mismo Sínodo y entre las condiciones que el Sínodo imponía para que un obispo pudiera ser aceptado tenía que quedar claro que era incorrupto: *incorruptus, id est spe quaestus minime electus*, PL 139, 252.

¹³ Benno fue un escritor alemán del siglo XI, nombrado cardenal por el antipapa Guiberto (Clemente III), elegido por el emperador Enrique IV en el conciliábulo de Brixen. Escribió también sátiras contra Gregorio VII. Fue muy leído y elogiado por cismáticos y protestantes.

toda justicia fue elegido obispo de Reims. En su elección el rey de los francos Hugo elogió las siguientes cualidades que se recogen en el acta de elección de Gerberto para la diócesis de Reims: «elegimos como arzobispo a Gerberto, maduro en edad, prudente por naturaleza, dócil, afable, misericordioso [...] elegimos a Gerberto porque conocemos su vida y sus costumbres desde que era pequeño y somos conscientes de que es una persona versada en las cosas divinas y humanas [...] determinamos y subscribimos su elección después de haber pedido consejo a todos los hombres de buen criterio»¹⁴.

A este claro elogio siguió la profesión de fe de Gerberto¹⁵ que lo acredita en favor de una opinión más cierta y en contra de lo que de él dijo el pseudo cardenal Benno.

Es verdad que él mismo dio pie en alguna ocasión para que se le tuviera como una persona entregada a las artes mágicas. Era ingeniosísimo en el inventar relojes (entre otros el reloj de péndulo) y otra serie de máquinas. Se le tenía como un hombre afortunado porque desde los más humildes orígenes había ascendido a la cátedra de san Pedro.

Se distinguió durante su pontificado por las limosnas y por su fidelidad, aunque no fue muy bien visto por los romanos, porque con él llegó también a Roma el emperador, que se estableció en la ciudad eterna. Su estancia disgustó mucho a los romanos.

Sergio IV, su sucesor, le compuso un bellísimo epitafio y entre los elogios más sobresalientes que de él se hicieron, fue éste: supo unir la virtud a la sabiduría¹⁶.

¹⁴ PL 139, 252.

¹⁵ PL 139, 253.

¹⁶ El epitafio traducido dice así: «El cuerpo de Silvestre en este lugar del mundo / encontrará el Señor cuando venga al sonar de las trompetas. / A éste le hizo célebre Roma, virgen sapientísima, / cabeza del mundo y ciudad de las siete colinas. / Gerberto, en primer lugar, presidió la sede metropolitana de Reims; / de aquí mereció ser elevado a la sede de Ravena, como pastor noble y poderoso; / después de un año llegó a Roma para asumir, con el título de Papa y como pastor, el gobierno de todo el orbe. / Por la gran amistad y el mucho aprecio de que gozaba ante Otón tercero, éste le ofreció el pontificado por su fidelidad y ser solidario con sus proyectos. / Uno y otro ilustran su época con la fama de su sabiduría; / con él se alegra toda la cristiandad y temen todos los criminales. Era como el guardián de los cielos, porque tenía las llaves de Pedro del que había sido tres veces pastor (las tres sedes de Reims, Ravena y Roma tienen a Pedro por patrono). / Este, que hizo las veces de Pedro, en el espacio de un lustro, / abandonó este mundo. / El mundo se quedó rígido, perdida la paz. Vacila la Iglesia triunfante y se olvida de la tranquilidad. / Sergio sacerdote y su sucesor en el solio pontificio le dedicó este lugar movido de piedad y de amor. / Quienquiera que pase delante de este túmulo / diga: Señor omnipotente, ten misericordia de él».

Si se lee la abundante correspondencia con los diversos obispos, abades, monjes y otras personas de la nobleza, nos hacemos una idea más clara y favorable de su labor como arzobispo de Reims y como Papa. Por ejemplo, en la carta dirigida al Abad Rainero nos recuerda el principio fundamental de la pastoral de un sacerdote y obispo: «El arte de las artes para un pastor es la salvación de las almas»¹⁷.

Tenía una gran preocupación por todas las iglesias y por sus pastores. En la carta dirigida a Egberto, arzobispo de Tréveris, se manifiesta solidario en sus dificultades y hace suyos los sufrimientos del arzobispo¹⁸. «Le está matando» la situación de las iglesias del Señor porque el pueblo es presa de los enemigos, escribe a Geraldo, abad de su antiguo monasterio de Aurillac¹⁹. A un obispo le avisa para que viva y se comporte de tal manera que pueda ser agradable a los ojos de Dios²⁰. Se duele por la situación de la iglesia de Jerusalén, presa de los bárbaros²¹. Sabe amonestar fuertemente, movido por santo celo, cuando una determinada iglesia se comporta «impíamente»²² y no teme llamar «lobo rapaz» a Diderigo, obispo de Metz, cuando su conducta es indigna²³.

Son suficientes estos testimonios para percatarnos de lo imbuido que estaba del amor a la Iglesia y de su oficio como pastor²⁴.

Obras

Entre sus obras más notables tenemos un tratado dogmático: *Sobre el Cuerpo y la sangre del Señor*; la obra que nos ocupa en estos momentos: *Sermo de informatione episcoporum*; en la esfera profana son de su autoría: libro de Geometría, de los números, sobre astrología y numerosas cartas,

¹⁷ PL 139, 219.

¹⁸ PL 139, 204.

¹⁹ PL 139, 205.

²⁰ PL 139, 261.

²¹ PL 139, 208.

²² PL 139, 221.

²³ PL 139, 210. En esta carta encontramos expresiones como las que emplea en el *De dignitate sacerdotali* y una llamada de atención de parecida energía en la carta ad *Azelinum Laudunensem* (Soisson), siendo ya Papa. Cf. PL, 139, 277-278.

²⁴ Su tumba se encuentra en la nave izquierda de la basílica de san Juan de Letrán. Abierta el año 1648, exhaló grande perfume y se encontró su cadáver en un arca de mármol bien conservado con las vestiduras episcopales, pero al contacto con el aire se deshizo en polvo y sólo quedó la cruz de plata y el anillo episcopal. Cf. C. F. Hock, *Gerberto ossia Silvestro II ed il suo secolo*, Milano 1846, 143.

y una nutrida correspondencia epistolar dirigida a obispos, abades, monjes y personajes de corte.

3. Fuentes

El opúsculo tiene dos partes bien definidas. En la primera se hacen algunas reflexiones acerca de la dignidad del sacerdocio y de la responsabilidad de los sacerdotes; en la segunda se condena la simonía.

En este apartado me referiré solamente a las fuentes de la primera parte porque el estudio que hago de la simonía, es ya, en sí mismo, un análisis de las fuentes de la herejía simoníaca. Aunque en la primera parte del opúsculo no encontremos referencias a unas fuentes explícitas, sin embargo podemos constatar la afinidad de ideas que encierra este breve tratado con los comentarios que hasta entonces se conocían en la literatura patristica y teológica²⁵, especialmente la doctrina emanada de los Concilios y Sínodos.

De estas obras se alimentaba la doctrina y espiritualidad sacerdotal y a ellas, en su brevedad, hace referencia la obra del Papa Gerberto. Creo que, queriendo sintetizar la doctrina de los cuatro primeros capítulos del opúsculo, pueden reducirse a las siguientes ideas:

1^a Modestia y atrevimiento del Papa al hablar a sacerdotes y obispos. Su reflexión es un reclamo a considerar el sacerdocio como un don para los demás que entraña, asimismo, una exigente responsabilidad.

2^a Honor y dignidad del sacerdocio.

²⁵ Entre las obras más representativas que hasta ese momento formaban un núcleo sólido y ya difundido acerca del sacerdocio, puedo enumerar las siguientes: CLEMENTE ROMANO, *Cartas* (especialmente la II a Santiago, cf. MANSI I, 125-130 y III; *De officio sacerdotis et clericorum*, cf. MANSI I, 130-138). ORÍGENES, *In Leviticum Homiliae*, PG 12, 405-574 (especialmente la homilía VI, 466-475); SAN BASILIO, *Sermo ob sacerdotum instructionem*, PG 31, 1685-1687; SAN GREGORIO DE NACIANZO, *Oratio II*, PG 35, 407-514; SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De sacerdotio libri VI*, PG 48, 623-693); SAN JERÓNIMO, *Epistula ad Nepotianum*, PL 22, 527-540; SAN AMBROSIO, *De officiis ministrorum*, PL 16, 23-187; SAN AGUSTÍN, *Diversas cartas*: 31, PL 33, 88-90; 130, PL 33, 493-507; *Diversos sermones* 46 *In Ez.*, PL 38, 270-295; 339 y 340, PL 38, 1480-1484); SAN LEÓN MAGNO, *Sermones* del 1 al 5, PL 54, 1141-156; SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía* 17, PL 76, 1138-1149; *Liber regulae pastoralis*, PL 77, 9-149; SAN ISIDORO, *De ecclesiasticis officiis*, PL 83, 737-826. Otras obras que se acercan más al momento histórico de Silvestre II: *Capitularia Dagoberti regis* (año 630) cf. MANSI 17B, especialmente desde la columna 95 a la 101; *Concilio de Aquisgrán* (año 836) cf. MANSI 14, 671-733; *Concilio de Mainz*, (año 888) cf. MANSI 17A18B, 61-72; ATÓN DE VERCELLI, *Epistula I ad Timotheum*, PL 134, 663-686; *Epistula ad Titum*, PL 134, 699-720; *Epistulae* VII-XI, PL 134, 112-124; *Cánones del Sínodo de Reims* (año 991) cf. MANSI 19, 107-168; *Leges presbyterorum Northumbrensiium* (año 978) cf. MANSI 19, 67-71; *Liber legum ecclesiasticarum* (año 994) cf. MANSI 19, 179-194. Además de las referencias que irán apareciendo a lo largo del comentario.

3ª Reflexiones de orden ascético y disciplinar sobre el modo de vivir de los sacerdotes, basado en la primera carta a Timoteo (3,1-7). Encontramos, aun en la brevedad del libelo, notables influencias de los tratados que hasta entonces se habían escrito acerca del sacerdocio y que ya venían ejerciendo su influjo en la milenaria tradición de la Iglesia.

El sacerdocio, ya desde las primeras reflexiones teológicas y espirituales, es una gracia que eleva al hombre a una dignidad superior a su misma naturaleza²⁶; por eso Silvestre II ya desde el primer capítulo expresa su temor al hablar a los sacerdotes acerca de don tan sublime, que sobrepasa sus conocimientos propios -y eran muchos- y sobre todo implica unas exigencias de vida cristiana nada comunes.

Es de notar cómo refleja la misma actitud de san Gregorio Nacianceno cuando éste trata de justificar su huida a la montaña para alejarse y desentenderse de la responsabilidad que entrañaba la vida sacerdotal y el ministerio:

Estas cosas [se refiere a la sublimidad del don del sacerdocio] son las que me tenían cohibido y me volvían humilde. Hasta llegar a juzgar que me sería mejor ponerme a alabar serenamente a Dios, antes de mostrarme esclarecedor de las cosas que superan mis fuerzas: la majestad, la altura y la dignidad [...] del sacerdote²⁷.

E igualmente san Basilio: «Pero si la huida de Basilio fue digna de admiración, más digna de admiración fue su vuelta»²⁸. Y del mismo modo se expresa san Gregorio Magno en la introducción a su *Regla pastoral*:

Con benigno y humilde afecto desapruebas, hermano carísimo [la obra está dirigida a Juan, obispo de Ravena], el que yo hubiera querido rehuir, ocultándome, las cargas del gobierno pastoral, sobre la gravedad de las cuales expongo por escrito en este libro todo lo que pienso, para que no les parezcan ligeras a algunos; y así, quien de ellas esté libre no las apetezca imprudentemente, y quien incautamente las apeteció tema haberlas conseguido²⁹.

²⁶ San Juan Crisóstomo en su tratado sobre el sacerdocio consideraba tan sublime el don que superaba cualquier otra dimensión humana: «Y es que el sacerdocio, si es cierto que se ejerce sobre la tierra, sin embargo pertenece al orden de las instituciones celestes, y con mucha razón. Porque no fue un hombre, ni un ángel o un arcángel, ni otra potestad alguna creada, sino el Paráclito mismo quien ordenó este ministerio e hizo que hombres vestidos de cuerpo y sangre pudieran ejercer oficio de ángeles. Debe ser, por tanto, tan puro el sacerdote como si se hallara en los cielos en medio de las potestades angélicas» (cf. *De Sacerdotio* III 4, PG 48, 642). Por ser tan sublime, san Juan Crisóstomo lo rechazó en un principio según lo demuestra a lo largo del diálogo con su amigo Basilio en esta obra.

²⁷ PG 35, 483.

²⁸ PG 29, 40.

²⁹ PL 77, 13.

Sin embargo, este temor no inhibe a Silvestre II a hablar acerca del sacerdocio y de los abusos que se venían dando en la Iglesia. Como pastor de la Iglesia siente la responsabilidad de hablar, aunque en su interior cree que es una osadía. También san Cirilo de Alejandría, al dirigirse a los sacerdotes, sentía que entrañaba cierto atrevimiento³⁰.

Una vez justificado el saludo, el Papa invita a considerar la gracia del sacerdocio, no como si fuera algo estrictamente personal, porque esta concepción sería una falsa interpretación del don, o simplemente un puro narcisismo espiritual. Emplea casi las mismas palabras con las que san Gregorio Magno habla a los sacerdotes en sus homilías sobre los evangelios:

¡Oh pastores, qué hacemos nosotros (no lo digo sin dolor) qué hacemos los que recibimos la recompensa y sin embargo no somos trabajadores, recibimos los beneficios de la santa Iglesia como nuestro salario ordinario y no nos empeñamos en la predicación por la Iglesia eterna! Pienso cuán digno de condena es el recibir nuestra paga de trabajo y no trabajar³¹.

De estas palabras parece hacerse eco el Papa Gerberto al inicio de su discurso:

Si alguno, hermanos, recuerda las palabras con las que el Señor amonestó al siervo, porque el dinero que había recibido para hacerlo fructificar y repartirlo lo guardó para sí mismo: pues, ¿por qué no colocaste el dinero en el banco? Y así, al volver yo, lo hubiera cobrado con los intereses (Lc 19,23), ya no se reservará esta gracia del ministerio divino conferida solamente a él mismo para su uso particular, sino que hará partícipes a todos de ella [...] Hemos recibido la misión de alimentar al rebaño de Cristo; por tanto no pensemos que podemos escaparnos sin un grande riesgo de este daño que podemos causar si no vivimos conforme a esta forma determinada de vida y si no la predicamos³².

Es una llamada a la responsabilidad, a la obligación de dar buen ejemplo que es la argumentación más convincente para el pueblo. Recordemos los sermones de san Agustín sobre los pastores, comentando al profeta Ezequiel.

Cinco siglos antes san Juan Crisóstomo, en sus seis libros sobre el sacerdocio, hace una reflexión muy seria al respecto, calibrando las conse-

³⁰ «Os he escrito en algunos pasajes con cierto atrevimiento, como para reavivar vuestros recuerdos en virtud de la gracia que me ha sido otorgada por Dios, de ser para los gentiles ministro de Cristo Jesús, ejerciendo el sagrado oficio del Evangelio de Dios». Cf. *De recta fide ad reginas*, PG 76, 1230.

³¹ PL 76, 1142.

³² Recordemos las palabras de san Gregorio Magno en sus homilías sobre Ezequiel cuando se compara con una atalaya: «¿Qué clase de atalaya soy, que no estoy situado, por mis obras, en lo alto de la montaña?» Cf. *Homilías sobre Ezequiel* XI, PL 76, 908.

cuencias que se derivan de la vida de un sacerdote poco coherente con las obligaciones que este oficio encierra:

Así, pues, como la vida ejemplar de los sacerdotes aprovecha a muchos, exhortándoles vivamente a la imitación, así sus defectos favorecen la tibieza en la práctica de la virtud y nos hacen aflojar en el esfuerzo que exige la vida de perfección. Es necesario, pues, que por todas partes brille la belleza de su alma, para que pueda juntamente alegrar e iluminar las almas de los que los miran³³.

El ejemplo ha sido siempre uno de los motivos que los Padres han manejado más frecuentemente para estimular al sacerdote al cumplimiento fiel de sus deberes sacerdotales y ministeriales. El buen ejemplo era una de las primeras recomendaciones de san Gregorio en su *Regla pastoral*:

Hay también algunos que con hábil cuidado estudian las reglas del espíritu, pero conculcan con su vida lo que profundizan con la inteligencia: enseñan de corrido lo que aprendieron, no en la práctica sino en el estudio; y, claro, lo que predicán con la palabra lo contradicen con las costumbres; de donde resulta que, marchando el pastor por los despeñaderos, la grey sigue al precipicio³⁴.

Porque el pastor debe por su carácter y vida sobresalir sobre todo el pueblo:

El prelado debe ser siempre el primero en obrar, para que, con su ejemplo, manifieste a los súbditos el camino de la vida y para que la grey que sigue la voz y costumbres del pastor camine guiada por los ejemplos más bien que por las palabras³⁵.

Y todo esto, según Silvestre, debe hacerlo con desinterés, purificando constantemente sus acciones e intenciones. Precisamente una de las raíces de la simonía será la falta de pureza de intención al acercarse al orden, pues en ella prevalecían frecuentemente las preocupaciones temporales. Cuando los negocios mundanos invaden el campo de lo espiritual, éste queda privado de todo valor y a merced de los intereses más bastardos. Silvestre II prepara con ello su segunda parte. Y para eso se apoya en 1Cor 10,33. El sacerdocio adquiere así su pleno significado de carisma, de don que no puede guardarse bajo el celemín, porque es luz para los demás.

³³ PG 48, 650.

³⁴ PL 77, 15.

³⁵ PL 77, 28. El mismo Gregorio dice: «Creo, queridos hermanos, que las mayores afrentas, que pueden hacerse al Señor, provienen de sus sacerdotes que, debiendo corregir a los demás, dan ejemplo de maldad; siendo así que, no debiendo cometer pecado, inducen al pecado». Cf. *Homilias sobre los evangelios* 17, PL 76, 1146.

San Agustín en la homilía del aniversario de su consagración episcopal decía:

¿Qué es lo que me produce cierto temor en esta responsabilidad que desempeño? El hecho de que la dignidad episcopal pueda ser un motivo de vanidad y sin embargo todo mi gozo debería ser el trabajar por vuestra salvación³⁶.

Después de esta introducción, Silvestre se dispone a comentar el tema, no sin antes encomendarse a las oraciones de sus lectores. Nótese la afinidad de las palabras del opúsculo de Gerberto con las palabras de san Agustín en la homilía del aniversario de su consagración episcopal, anteriormente citada: «Ayudadme con vuestras oraciones para que el temor que me ha impuesto esta carga me ayuden a llevarla con la misericordia del Señor»³⁷.

La dignidad y el honor sacerdotales que tanto pondera eran las realidades vividas y predicadas por los grandes Padres de la Iglesia. Dice, por ejemplo el Papa Gerberto:

El honor y la grandeza del episcopado no pueden compararse a nada. Está muy por debajo de esta dignidad el esplendor de los reyes o la corona de los príncipes; es igual que si tú comparas el brillo del oro al del plomo (cap. II).

El orden sagrado tiene su origen, según las palabras anteriormente citadas de san Juan Crisóstomo, en el cielo. El Pseudo Dionisio lo compara con los ángeles:

La teología nos enseña que el orden sacerdotal está a la altura de los ángeles y arcángeles y principados y potestades y tronos y dominaciones y es igual a la naturaleza de los que se encuentran constantemente en la presencia de Dios³⁸.

La misma forma de poner de relieve la dignidad del sacerdocio a través de comparaciones con las responsabilidades más elevadas y cotizadas en la sociedad era un modo normal de proceder³⁹. San Juan Crisóstomo había empleado frecuentemente esta manera y con los mismos ejemplos:

En efecto, si me hubiera ofrecido el mando de un ejército o sentarme en un trono real, y lo hubiera rechazado, se me podría, con razón, suponer que era un orgulloso [...] Ahora bien, habiéndoseme ofrecido el sacerdocio que está

³⁶ PL 38, 1483.

³⁷ PL 38, 1483.

³⁸ PG 3, 371.

³⁹ El capítulo XXXIV del libro segundo de las *Constituciones apostólicas* coloca la dignidad sacerdotal por encima del trono de los reyes y de los magistrados, porque «cuanto el alma es más excelente que el cuerpo, tanto es más excelente el sacerdocio que el reino terreno». Cf. MANSI 1, 335.

por encima de todos los tronos cuanto el espíritu está sobre la carne ¿habrá quien se atreva a haberlo rehusado por soberbia?⁴⁰

San Gregorio de Nacianzo compara al sacerdote, para exaltar su dignidad, con el médico, en su famosa *Oratio II*. Encontramos en san Gregorio Magno la comparación del sacerdocio con el oro:

¡Cómo se ha oscurecido el oro del templo y mudado su color bellissimo! ¡Dispersas están las piedras del santuario por los ángulos de todas las plazas! (Lam 4,1). Porque ¿qué se significa por el oro, que sobrepuja a todos los metales, sino la excelencia de la santidad? (Se está dirigiendo a los sacerdotes) [...] ¿Qué por las piedras del santuario sino las personas consagradas por los sagrados órdenes? [...] Ahora bien, el oro se oscurece cuando la vida santa se mancha con los afectos terrenos, y se muda el color bellissimo cuando disminuye la estima que antes se tenía a algunos de quienes se juzgaba que vivían religiosamente⁴¹.

Cuando Silvestre dice: «tú mismo puedes ver cómo los reyes se someten a los sacerdotes, besan la mano y piensan que sus oraciones fortalecen sus vidas», posiblemente estaría recordando el famoso gesto, severo y lleno de dignidad, de san Ambrosio cuando exigió al emperador Teodosio I hacer penitencia pública y arrodillarse delante de él como obispo de Milán para suplicarle el perdón.

Las consideraciones de estas realidades de tal manera tenían cohibido a san Gregorio de Nacianzo que le impulsaron a huir del ministerio:

Sé de quién somos ministros. De dónde venimos y adónde vamos. Sé a qué altura está Dios y cuál es nuestra fragilidad humana, y lo que podemos hacer. ¿Quién de los que estamos postrados en el pecado se remontará hasta esta altura, metido en la oscuridad infernal de la carne, para contemplar con una mente íntegra aquella Mente clara y limpia, mezclando lo que se ve con estos ojos con lo que no se ve? [...] ¡Tan grande es lo que deseamos y lo que afanosamente queremos conseguir! Y tal debe ser, en consecuencia, el que acompaña a las almas en sus desposorios con Cristo, y las ama verdaderamente⁴².

Esta dignidad es un estímulo que debe espolear al sacerdote a llevar una vida conforme a tan alto don recibido y por tanto su vida debe ser un espejo de lo que es su esencia, para que no haya una dicotomía entre lo que se es y lo que se vive, entre las exigencias de la naturaleza del orden sagrado y la vida. El ejemplo en el sacerdote no es otra cosa que la manifestación de una vida coherente.

⁴⁰ PG 48, 640-641.

⁴¹ PL 77, 40.

⁴² PG 35, 482-483.

Me permito reproducir el párrafo tan denso y a la vez tan concreto que el Papa Silvestre expresa en su capítulo III:

Es mi deseo, pues, presentar a los obispos cuál es su dignidad para que sepamos quiénes somos en realidad y qué profesión desempeñamos y demos- tremos nuestra identidad más por las obras que por el solo nombre, pues el nombre debe corresponder a las obras, para que no sea el honor sublime y la vida deforme, la profesión divina y las obras sin valor, religioso el vestido e irreligioso el fruto, la dignidad excelsa y vergonzoso nuestro comportamien- to, para que no se sienta en la cátedra de la Iglesia, sobresaliendo así por encima de los demás y a la vez tenga una conciencia hundida en la miseria, para que no engañemos con nuestras palabras sencillas como palomas y tengamos a la vez una mente canina, y para que no manifestemos una ac- titud de ovejas y tengamos la ferocidad de los lobos y no se nos achaque a nosotros lo que el Señor dijo por el profeta: ese pueblo se me ha allegado con su boca, y me ha honrado con sus labios, mientras que su corazón está lejos de mí (Is 29,13)⁴³.

Veamos lo que decía san Agustín en su sermón 339 al analizar precisa- mente este punto sobre la correspondencia entre lo que implica el orden sagrado y sus responsabilidades como pastor:

Hemos leído en Ezequiel cuál es la carga que debo llevar. Esta misma ce- lebración del aniversario de mi consagración me obliga a pensar en esta carga. Se han leído estas palabras que me han infundido gran temor para que medite en la responsabilidad que pesa sobre mis hombros y que de ninguna manera podría soportarla si no la llevara conmigo el mismo que me la ha impuesto. Hemos escuchado: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo. Les dirás: Si yo hago venir la espada sobre un país, y la gente de ese país escoge a uno de los suyos y le ponen como centinela; y éste, al ver venir la espada sobre el país, toca el cuerno para advertir al pueblo: si resulta que alguien oye bien el sonido del cuerno, pero no hace caso, de suerte que la espada sobreviene y le mata, la sangre de este hombre recaerá sobre su propia cabeza. Ha oído el sonido del cuerno y no ha hecho caso: su sangre recaerá sobre él. En cambio, el que haya hecho caso, salvará su vida. Si, por el contrario, el centinela ve venir la espada y no toca el cuerno, de suerte que el pueblo no es advertido, y la espada sobreviene y mata a alguno de ellos, perecerá éste por su culpa, pero de su sangre yo pediré cuentas al centinela. A ti, también, hijo de hombre, te he hecho yo centinela de la casa de Israel (Ez 33,2-6) [...] Nosotros no tenemos excusa si somos negligentes en nuestro deber: «A ti te he puesto como centinela. Cuando oigas una pala- bra de mi boca, les advertirás de mi parte. Si yo digo al malvado: «Malvado, vas a morir sin remedio», y tú no le hablas para advertir al malvado que deje

⁴³ Veamos la coincidencia de las palabras acabadas de leer con las de dos santos Padres: «Episcopi vocamur, qui honoris nomen, non virtutem tenemus» (nos llaman obispos, pero lo somos solamente por el nombre y no por la virtud) cf. PL 76, 1146. «El sacerdote no debe serlo solamente por el nombre, sino por la virtud» (cf. PG 12, 474).

su conducta, él, el malvado, morirá por su culpa, pero de su sangre yo te pediré cuentas a ti. Si por el contrario adviertes al malvado que se convierta de su conducta, y él no se convierte, morirá él debido a su culpa, mientras que tú habrás salvado tu vida (Ez 33,8-9)⁴⁴.

San Cirilo de Alejandría hizo casi el mismo comentario:

El profeta Ezequiel así se dirige a los que han sido elegidos al orden sacerdotal: Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo. Les dirás: Si yo hago venir la espada sobre un país, y la gente de ese país escoge a uno de los suyos y le ponen como centinela; y éste, al ver venir la espada sobre el país, toca el cuerno para advertir al pueblo: si resulta que alguien oye bien el sonido del cuerno, pero no hace caso, de suerte que la espada sobreviene y le mata, la sangre de este hombre recaerá sobre su propia cabeza. Ha oído el sonido del cuerno y no ha hecho caso: su sangre recaerá sobre él. En cambio, el que haya hecho caso, salvará su vida. Si, por el contrario, el centinela ve venir la espada y no toca el cuerno, de suerte que el pueblo no es advertido, y la espada sobreviene y mata a alguno de ellos, perecerá éste por su culpa, pero de su sangre yo pediré cuentas al centinela (Ez 33,2-6).

Por el valor que tienen no podemos dejar pasar la fuerza de estas palabras. Mucho nos ayudará si aclaramos el significado un tanto oscuro de esas palabras.

Cuando se espera una invasión de los bárbaros, los que están al frente de la ciudad colocan en las montañas, en lugares estratégicos, a algunos para que puedan vigilar todo el campo constantemente para que, estando muy alertas, observen cuando aparezca el enemigo invasor. Si anuncian con tiempo a la ciudad las emboscadas del enemigo, son tenidos en no poca consideración; si, por el contrario, por su descuido el enemigo conquista la ciudad o tiene que sufrir [...], sobre las cabezas de estos centinelas caerán todos los castigos. Del mismo modo el sacerdote que ha sido escogido por Dios como centinela si advierte del mal que puede hacer daño a las almas que se le han encomendado, obtendrá un premio por su vigilancia. Pero si calla, hará caer sobre ellas todos los males que atraen la ira de Dios, porque con su silencio ha procurado grande daño a aquellos que había recibido para que los guiara por el recto camino con sus voces de alarma⁴⁵.

San Gregorio Magno en su homilía 17 sobre los evangelios empleó esta forma antitética de exponer la verdad del ser sacerdotal con la realidad de la vida:

No buscamos el bien de las almas, sino que todo el día nos dedicamos a nuestras cosas, anhelamos los bienes terrenos y con ansias vamos detrás de la gloria humana. Y como somos superiores a los demás y tenemos libertad

⁴⁴ PL 38, 1481-1482.

⁴⁵ PG 76, 458.

para hacer lo que nos gusta, convertimos el ministerio sagrado en un objeto de ambición y, abandonando los intereses de Dios, nos dedicamos a los negocios de la tierra. Ocupamos el puesto que nos corresponde por la santidad y después nos dejamos envolver por las preocupaciones de la vida terrena⁴⁶.

Silvestre condena esta actitud como una hipocresía: «Ese pueblo se me ha allegado con su boca y me ha honrado con sus labios, pero su corazón está lejos de mí» (cap. III). En sus palabras resuenan las de san Gregorio de Nacianzo:

Lo que me da miedo son los reproches a los fariseos y las amonestaciones dirigidas a los escribas. Debemos sobrepasarles largamente en virtud (Mt 5,20), como se nos ha prescrito, si vamos a la búsqueda del reino de los cielos: ¡qué vergüenza para nosotros si fuésemos peores que ellos, hasta el punto de oír cómo se nos trata de serpientes y de raza de víboras!⁴⁷

El capítulo IV centra su atención en el comentario a 1 Tim 3,5-9, exponiendo particularmente las implicaciones que afectan a la vida del sacerdote.

En estas reflexiones se recogen muchos consejos espirituales y ascéticos que deben de inspirar y regir la vida de los presbíteros, consejos y medidas prácticas que frecuentemente hallamos en los sínodos locales y regionales. Algunas referencias a estos sínodos aparecen en la primera nota de este capítulo sobre las fuentes. El comentario de Atón de Vercelli a las cartas de san Pablo es casi contemporáneo a Silvestre II.

Me permito indicar aquí, aunque sea brevemente, algunas coincidencias y divergencias entre el capítulo cuarto del libelo de Silvestre II y el comentario de Atón de Vercelli al mismo texto o a su correspondiente lugar paralelo en la carta a Tito.

Hay una disparidad de interpretación por ejemplo en el comentario a *casado una sola vez*. Dice, por ejemplo el Papa Gerberto:

Casado sólo una vez: si nos fijamos solamente en el sentido literal, prohíbe que tenga dos mujeres⁴⁸, pero si atendemos a un sentido más noble, prohíbe que el obispo sirva a dos Iglesias; y si quieres escudriñar más profundamente estas palabras, advierte el apóstol que el obispo después de haber profesado el dogma católico no lo puede interpretar heréticamente y se adhiera a la fe ortodoxa y católica para que pueda decirse que el obispo tiene una sola y católica Iglesia.

⁴⁶ PL 76, 1146.

⁴⁷ PG 35, 479.

⁴⁸ De suyo esta era una norma universal. Burchard en sus decretos afirma que los laicos que se han casado por segunda vez no pueden acceder al sacerdocio. Cf. PL 140,632. Las *Constituciones apostólicas* recomendaban esto mismo: Libro VI, cap. XVII, MANSI 1, 462.

Esta interpretación es más simbólica. El comentario de Atón es más dogmático:

Aunque no esté prohibido que tenga una segunda mujer (se sobreentiende que válidamente), sin embargo por razón de la dignidad del obispo, debe rechazar, por la misma sublimidad del orden sagrado, aun estas cosas lícitas, porque el que desea la cátedra de este orden sagrado debe ser mucho mejor que los demás⁴⁹.

Sin embargo, son muchas las coincidencias, de palabra y sobre todo de sentido. A la exhortación de san Pablo de que el sacerdote debe ser hospitalario, comenta Atón:

Ante todo el futuro obispo debe ser hospitalario. Si todo cristiano tiene que escuchar las palabras del Evangelio: fui peregrino y me acogisteis (Mt 25,35), cuánto más el obispo cuya casa debe ser un albergue de hospitalidad. El laico cumple con su deber de ser hospitalario recibiendo en su casa a uno, dos o unos pocos; el obispo se comportará de un modo inhumano si no recibe a todos⁵⁰.

En la interpretación de Silvestre aparece la misma idea de que la casa del sacerdote debe estar abierta a todos⁵¹: «que tenga sentimientos de humana hospitalidad para el que no tenga alojamiento y al que carece de casa, ofrézcale la suya porque no debe aprovecharse el sacerdote de las gracias que Cristo le ha dado por bondad; y así como Dios ama al que da con alegría, procure sin quejas distribuir sus bienes a los pobres».

Veamos cómo comentan ambos la palabra neófito. Atón:

⁴⁹ PL 134, 670. Diferente también es la interpretación de: «es necesario que también tenga buena fama entre los de fuera». Atón dice lo siguiente: «Conviene que el testimonio que den los extraños de él sea bueno porque 'el que es fiel en lo poco lo es en lo mucho' (Lc 16,10) [...] El que en la cosas del mundo no se comporta con fidelidad en el cumplimiento de las normas cívicas, sin duda que no será idóneo para cumplir las responsabilidades divinas. Pero si es fiel a los hombres, mucho más será fiel a Dios», cf. PL 134, 671. La reflexión de Silvestre se hace más reductiva: «Es decir, entre los herejes y cismáticos que están fuera de la Iglesia católica y que presiden las reuniones profanas. A estos también se refiere el apóstol: hay que darles un buen testimonio de vida intachable y de un diálogo santo no sea que tomen pie los enemigos para detractar al obispo y así difamen las enseñanzas de la Iglesia católica» (cap. IV).

⁵⁰ PL 134, 706.

⁵¹ Esta era interpretación más común. «Procuren los sacerdotes atender a los peregrinos, especialmente a los más pobres y débiles y a los huérfanos y según sus posibilidades invítenles a comer y ofrézcales hospedaje» *Decretos de Burchard* CLXVI, PL 140, 653; y procuren que así se comporten los fieles, *ibíd.* CLXVIII; cf. *Francorum regum capitularia*, PL 138, 798.

Verdad es que los que son toscos en la fe, les vence la soberbia, especialmente si reciben el orden sagrado. Se hinchan con el poder y se juzgan más dignos que los demás. Viendo ya desde un inicio que se les ha conferido un grande honor, piensan que han sido llamados para ser de provecho a los demás más que para el suyo, como si el orden fuese un servicio que uno hace a la religión más que un beneficio que de él y de ella se reciben y por ello caen en la trampa del diablo⁵².

El Papa Silvestre:

es decir, que no haya sido convertido recientemente a la fe y no pase de un día a otro de la milicia del mundo al ministerio sacerdotal. No se acerquen éstos, pues, indistintamente al sacerdocio no sea que por su envanecimiento caigan en los lazos del diablo.

Las razones que dan para que los sacerdotes no se den a la bebida son en el fondo casi idénticas. Dice Silvestre:

Parco no sólo en vino, sino también en vicios. No ceda a la bebida más de lo que conviene para que pueda mantenerse siempre en sus cinco sentidos. No tenga una tendencia desmesurada a beber y procure que de ninguna manera ni por apariencia se crea que el obispo es un bebedor y no suceda que después de una buena dosis de vino sucumba a los halagos de las mujeres.

Atón recomienda la moderación en el beber para que mantenga el sacerdote siempre el dominio de sí mismo:

El apóstol prohíbe al obispo ser bebedor, porque cuando bebe está poseído por los sentidos, se desborda de alegría y se ríe a carcajadas, lo cual va contra el decoro y la madurez de su cargo y, si en ese momento se acuerda de algún hecho triste, prorrumpe en sollozos y lágrimas por culpa de las demasiadas copas⁵³.

Véase también la coincidencia de las interpretaciones de Silvestre y la *Didascalia apostolorum* al versículo 4:

Pero se requiere que el obispo sea de esta manera: un hombre que ha tomado una esposa, que ha gobernado su casa con acierto. Y así que sea probado cuando reciba la imposición de las manos para que se siente en el oficio episcopal: si él es casto; y si ha educado a sus hijos en el temor de Dios y les ha corregido y enseñado: y si su familia le teme y le reverencia, y todos le obedecen. Porque si sus familiares de sangre se le oponen, y no le obedecen, ¿cómo llegarán a ser suyos y a sometérseles los que no son de su casa?⁵⁴

⁵² Cf. PL 134, 671.

⁵³ Cf. PL 134, 705.

⁵⁴ *Didascalia apostolorum* 4; cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *De Sacerdotio* III,910, PG 48, 646-647. Encontramos esta misma recomendación en las *Constituciones apostólicas*, Libro II, cap. II, MANSI I, 287.

En un recorrido histórico sobre la vida del sacerdote a lo largo de los siglos VIII y X, pueden encontrarse abundantes referencias a las fuentes que alimentaban al papa Silvestre al tratar el problema de la simonía y al exponer sus reflexiones sobre la dignidad, la responsabilidad y la vida del sacerdote⁵⁵.

⁵⁵ En otras obras del autor, por ejemplo en el tratado de *Corpore et sanguine Domini*, encontramos citados a san Hilario, san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustín, san Cirilo, Fulgencio, Rábano Mauro, Pascasio Radberto...